

Obsesión de un escritor del trópico

Leonardo Martínez*

Carlos era un hombre solitario, con ojos de águila hambrienta. Fondos negros cubrían la habitación. Carlos se la pasaba ahí leyendo a Emil Cioran, Bourdieu, Bukowski, contemplando arte barroco y otras cosas raras para estos tiempos. Para él estos eran sus amigos y al mismo tiempo construía una especie de hermandad imaginaria con ellos. Le gustaba pensar y decirse así mismo que algún día se convertiría en poeta o escritor.

Deambulaba entre el delirio y no estaba a nada de caminar por las azoteas de la locura. Para suerte de él, de su salud, había dejado de beber hacía un año. No recibía la visita de nadie y también había dejado de fumar esos cigarrillos sin filtro que congestionaban su sistema respiratorio porque en una época llegó a fumar hasta dos cajas de cigarrillos a diario.

Desde luego, conocía a una mujer, llamada Adriana. Ella era la única que solía llamarlo. Sin embargo, con el paso del tiempo ella había dejado de llamarlo y no contestaba sus mensajes. Entonces volvía esa voz que solía hablarle en su cabeza: «Te lo dije. Así como eres, solo serás el bicho extraño para la gente». Estos pensamientos intrusivos solían ensimismarlo cada vez más. En esos

casos daba vuelta al disco que estaba sonando y prefería escuchar algo de sonidos ambientales como Brian Eno, o una rareza de esas.

Eran casi las dos y media de la tarde y en el trópico hacía un calor infernal. Las llamas de ese fuego podían avistarse desde la ventana de su cuarto. «Prefiero quedarme aquí. Después de todo, no tengo a dónde ir, y si tuviera tal vez no me emocionaría». En ese momento Carlos retomaba la idea de convertirse en escritor. Escribía en la pared con una lata de pintura en *spray*, en letra grande: «ME CONVERTIRÉ EN EL MEJOR Y JODIDO ESCRITOR DE ESTE INFIERNO». Su cuarto era de fondos negros, con estampillas de algunos músicos, y una que otra imagen psicodélica en las paredes. Carlos no tenía ni la menor idea de cómo lo iba a lograr, pero la desconexión con Adriana le había estimulado más sus ganas de convertirse en un escritor.

Su casa se encontraba en el rincón de la serie de edificios donde vivía, unas construcciones viejas, con fachadas *vintage* y una arquitectura ochentera. La gente solía esconderse detrás de las ventanas solo para ver que estaba ocurriendo. Entonces fue cuando a Carlos se le ocurrió escribir sobre una pareja de drogadictos que en cada madrugada solían armar un alboroto. Gritó: «¡Eureka! ¡Lo tengo! Pintaré una imagen de una mujer y un hombre, y al final se matarán ambos». A mitad

*Estudiante del programa de Antropología de Unimagdalena. E-mail: leonardodmartinez2014@gmail.com.

de escaleras, decidió devolverse a su cuarto y escribir un mapa mental de su idea.

Mientras tanto, los árboles alrededor se zambullían entre sí, pero entre ramas secas se venía la época del año más seca nunca presenciada. Carlos se hizo en el escritorio y se puso a dibujar su mapa mental. Jamás lo había hecho, pues siempre había sido pesimista. Dejaba que las ideas se perdieran entre los sueños. Creía de manera dantesca que las ideas, las mejores, siempre estaban en las pesadillas.

Parece que Carlos también era una especie de metafísico, pues solía estar divagando de una idea a la otra, lo que causaba en él una pesadez, un malestar. De nuevo, se encontraba disperso frente a la idea. Decía en voz alta y con un tono superior: «Mierda, estoy perdido en la nada. Será mejor levantarme de aquí». Por lo tanto, se fue a dar una vuelta por la playa, y ahí vio a esta pareja de drogadictos.

Eran como vampiros. Se veían pálidos y bastante huraños. Si alguien se les acercaba, le daban una lección con palabras escatológicas u ofensivas. Su neurosis se podía palpar, su pronta esquizofrenia se veía venir. Una señora que transitaba por ahí exclamó: «Creo que esos dos los están viendo hace rato». La gente solía hacer comentarios... tú sabes: es raro encontrarse vampiros en el trópico, ¿me entiendes? La gente que viene por estos lares cree que encontrará un paraíso, con pajaritos y delfines saltando sobre el agua o el aire, o monos comiendo bananos en la copa de los árboles de mango, níspero o cualquiera de esas frutas tropicales.

Así que, a lo que se puso el sol, se vio un atardecer sangriento, como diría Roberto Bolaño, un sol que parecía una flor carnívora, dispuesta a devorarse cualquier cosa. El sol en el trópico es como un toro salvaje, y otras veces es una flor, una gran rosa. En ese momento Carlos se devolvía a la casa, con muchas más imágenes de lo que podría ser uno de sus primeros relatos. Se cuestionaba

la idea barroca de hablar de vampiros en el trópico. Por momentos, no podía imaginar cómo sería eso. Se hacía y se repetía la pregunta, llegando casi a un afán obsesivo: «¿PERO CÓMO CARAJOS VOY A ADAPTAR Y HACER CREER QUE EN EL TRÓPICO HAY VAMPIROS?». «A la mierda. Es literatura; puedo inventarme lo que quiera. No abandonando la idea transilvánica». Se dio un golpe de optimismo. Si Hollywood había inventado el *western* y toda esa mierda, ¿por qué no escribir sobre vampiros en el trópico? «La idea no es abandonar este sueño o pesadilla», se dijo, «de ser escritor».

Entrando a la cuadra donde quedaba su vivienda, encontró un gran agujero, un fondo cuyo vacío solo se veía negro. El negro estaba presente. Para Carlos, este color tenía una gran carga simbólica e influía en su imaginación. Este ensimismamiento hacía de él una persona cada vez más distanciada del contacto humano. Adriana no había aparecido más, se había perdido, quién sabe, en sus responsabilidades, pero esto ya no le afectaba; estaba demasiado comprometido con la idea de ser escritor, cada vez más fuerte, hasta convertirse en su obsesión. Esta obsesión lo llevaría a quedarse embelesado mirando el fondo del agujero.

Fue cuando recordó esa frase de Nietzsche, que hasta el sol de hoy no sabe si sí pronunció dicho filósofo o fue una de esas frases usadas para *dummies*: «Quien mira largo tiempo al vacío, este terminara convirtiéndose en él», o algo así. En ese momento Carlos comprendió que el pesimismo que lo abrumaba era en realidad el exceso de optimismo de la humanidad. Enseguida se lanzó a la máquina de escribir o al computador y escribió una nota que decía: «MIRA, SEÑOR PRESIDENTE, AUNQUE NO TE HAYAS DADO CUENTA, EN EL TRÓPICO SÍ EXISTEN LOS VAMPIROS». Con esta frase cerró la carta. ¡Y entonces ya se encontraba listo para lanzarse sobre el papel y relatar la vida de esos drogadictos, transmutados en vampiros que no se deshacían al sol, cosa rara! ■■■